

EL HOTEL, HOGAR FLUCTUANTE

Los hoteles e instituciones semejantes ostentan un hondo sentido humanístico debido a la vecindad en que se hallan respecto al hogar. El hogar significa el centro de donde parten los mil caminos que constituyen el entramado dinámico de cada vida humana. El hombre es "un ser que habita", y *habitar* tiene aquí un sentido eminentemente positivo y creador. La creación de los múltiples ámbitos que el hombre requiere para desplegar su personalidad tiene su kilómetro cero en el hogar, no sólo por el hecho—en sí poco significativo—de que en éste monta el hombre su cuartel general para dirigir la lucha de cada día, sino por razón fundamental de que el hogar es el *protoámbito* humano, el ámbito modélico y primario que hace posible la creación de otros muchos. Ya sabemos que el hombre se despliega ambitalmente cocreando ámbitos, y esta tarea cocreadora se inicia con la constitución de una "urdimbre afectiva" (Rof Carballo) entre el hijo y la madre.

El hogar se convierte así en el *punto de perspectiva normal* para ver el hombre el universo y todas sus realidades, tanto en el aspecto físico espacial como en el aspecto espiritual. No por azar ni en vano se nace en un hogar. Ver el mundo desde un hogar significa verle desde un nivel de exigencias comunitarias. El hombre es un ser que habita porque es "hogareño" en todo el alcance del término. Por eso, con hondo sentido, se afirma que el ser humano se siente a gusto, acogido, "heimisch", cuando se halla en un entorno de *unidad*, de *orden*, de *veracidad* y *comprensión*, cualidades que fundan un clima de hogar (Heim), y se siente desamparado "unheimisch"—en clima de odio y desorden.

El hotel viene a constituir una especie de hogar fluctuante, y como tal un punto de vista cambiante sobre la realidad en torno. El hotel nos permite desplazar pasajeramente todo nuestro sistema habitual de orientación y ganar perspectivas inéditas sobre los más diversos entornos. Este desplazamiento tiene múltiples efectos benéficos tanto en lo que respecta a la distracción como al conocimiento del lugar visitado. Una ciudad, un paisaje, suele parecernos dis-

tinto y nos revela aspectos llenos de sorpresa cuando los vivimos desde el punto de perspectiva inédito de un hotel distinto.

El hogar es la *estación término* de todos nuestros pequeños viajes cotidianos y nuestros largos desplazamientos. Por eso la vuelta al hogar lleva siempre un sentido acogedor de *retorno*, de recogimiento o vuelta a la intimidad. El hogar es el lugar nato de acomodo y acogimiento. Análogamente, el hotel sirve de *centro axial* que ordena y enmarca y torna así acogedoras nuestras correrías en tierra extraña. Vencida pronto la primera sensación de extrañeza, el hotel se convierte en el *lugar conocido* y confiado que libera al viajero de la inquietante impresión de sentirse en tierra extraña, aunque deba moverse constantemente por lugares distintos. El hotel forma un múltiple "chez soi" en los entornos más diversos de la tierra, viniendo a ser como la reverberación del hogar en un juego mágico de espejos.

En el hotel toma cuerpo la práctica de la hospitalidad, que tiende la mano al que se juzga desvalido por el hecho fundamental de carecer momentáneamente de hogar. Si el hombre es un ser que habita, hacerle posible la cocreación, siquiera pasajera, de un centro hogareño es un deber ineludible de humanidad. De ahí el carácter sagrado que la hospitalidad ha tenido en algunos pueblos especialmente sensibles a los fenómenos del espíritu.

Cuanto más se ahonda en el sentido humano del hotel, mayor se hace la exigencia de comprender el significado profundo del hogar. Explanemos algunas ideas ya apuntadas.

EL HOGAR COMO CENTRO
ORDENADOR DE PERSPECTIVAS

El hombre se halla instalado en un mundo tensionado por múltiples líneas de fuerza. Para que esta instalación tenga sentido humano y no sea, por tanto, disolvente, sino acogedora, la complejidad mundana debe ser de algún modo dominada por el hom-

bre merced a la instauración de un cierto orden. La única ordenación posible de las realidades del mundo es, por lo que toca al hombre, la inserción dinámica de las mismas en el proceso humano de despliegue activo de la libertad y la personalidad. Para el ser humano sólo está en realidad ordenado aquello que juega un papel, o puede jugarlo, en la dinámica de su existencia.

Ahora bien: esta existencia activa y creadora tiene un centro que es punto de partida radial de todos los caminos de la vida: el hogar. Pero, al ser punto de partida en el sentido no meramente espacial, sino espiritual, por constituir el *protoámbito* humano, viene a ser igualmente el punto de *llegada*, ya que las diferentes rutas que sigue el hombre en la vida no conducen sino a la cocreación de ámbitos en los más diversos niveles. A este carácter de punto de partida y punto de llegada que tiene el hogar se alude cuando se afirma que el hombre debe *enraizarse en el espacio*, expresión que tiene un alcance mucho mayor y más hondo que el de la mera radicación en un punto determinado del universo.

Esto permite comprender la sensación de sobrecogimiento casi angustioso que experimentaba el gran Pascal al ver al hombre situado en el filo agudo que divide los dos grandes abismos del infinito—lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño—, recientemente abiertos ante el hombre con sus estremecedores enigmas por los recién inventados telescopio y microscopio. De un golpe el hombre moderno vio conmovida su confiada creencia de constituir el centro axial del universo en todos los sentidos, incluso en el físico-astronómico. Ya el descubrimiento de la redondez de la tierra había dado al traste con las pretenciosas adjudicaciones de un valor especial a determinados puntos de la tierra—el *pueblo propio*, por ejemplo, para ciertas tribus primitivas—. Ahora, incluso la tierra en su conjunto y la Humanidad que la habita quedaron en una situación de indefinido anodamiento frente a las inmensidades siderales.

Este desconcierto angustioso, provocado por el desmoronamiento de ilusiones muy

largamente acariciadas, llevó al hombre a posiciones de mayor humildad, realismo y hondura. Perdida la condición de centro físico del universo, se alza a primer plano su carácter de centro *espiritual*, y la tarea de cocreación de ámbitos cobra decisiva importancia. Cada hombre es el centro ineludible del universo en cuanto constituye el centro impulsor de un quehacer creador de ámbitos personales. Más que la *amplitud*, importa ahora la *calidad*. Más que la universalidad, cuenta ahora la intensidad. Al hombre no le viene *dado* sin más, como un don, su carácter de centro del cosmos. Debe constituirse en tal mediante su esfuerzo creador. El orgullo de rey de la creación cede el puesto a una conciencia viva de responsabilidad. Ya no importa constituir por ley natural el centro del universo, sino constituirse esforzadamente en núcleo viviente de los ámbitos que van formando el complejo entramado de la vida humana. Ser el centro de una constelación de seres no es un privilegio, sino una tarea. Realizando esta tarea, fecundísima y nunca acabada, el hombre se siente acogido, "chez soi", porque lo que verdaderamente acoge a un ser abierto a unos horizontes que en parte debe él crear, es ponerse a este altísimo quehacer. Tal actividad creadora funda vínculos, y éstos anulan las distancias.

Alejarse del hogar produce desazón, una especie de trauma, por cuanto significa en cierta medida la ruptura de la vinculación nutricia a los ámbitos que constituyen la trama de la vida cotidiana. Por contraposición al carácter confiado, conocido, benéfico de la vida en el hogar, los viajes nos trasladan a entornos desconocidos, y, como tales, en principios inhóspitos, potencialmente hostiles. El hombre, ansioso siempre de seguridad, vincula casi instintivamente lo conocido y lo confiado, lo desconocido y lo hostil. *Estar en tierra extraña* parece equivaler a moverse en campo inseguro, quebradizo, amenazante. Por eso cantó el poeta en fecha reciente:

"En medio de todas las lejanías
se alza esta casa;
por eso la quiero."

(H. Broch.)

El amor a la casa se contrapone al horror instintivo que siente el hombre a lo lejano, por lo que éste entraña justamente de destierro, de pérdida de vínculos y de arraigo. Pero el desmantelamiento espiritual de la vida en destierro no se evita acogiéndose a la casa como a un refugio montañoso en busca de abrigo, sino creando en cada momento la forma densísima de vida en común que denominamos hogar, *focus*, lugar donde arde el fuego. La casa propia es el "punto medio de todas las lejanías" en un sentido positivo de dominio de cuanto engendra distancia, la distancia de alejamiento que quiebra los vínculos. Cada ser humano tiene unas dimensiones indefinidas, carece de límites, lleva en sí una capacidad enigmática de presencia y de ausencia. De ahí que cuando dos o más hombres fundan entre sí los fuertes vínculos que crean un hogar, ganan la más difícil de las victorias, la victoria sobre la distancia que cada uno lleva en sí como un germen de destrucción. El hogar es la unidad constituida por seres irreductibles, incanjeables, tan distintos entre sí como propio es el destino de cada uno.

Habitar es, pues, crear vínculos de convivencia, ámbitos de comunitariedad, que venzan la distancia infinita a que se halla todo "desplazado", el desterrado espiritual que no se halla en ningún sitio "chez soi" por negarse a entrar en la difícil ascética de la unidad. Por eso alza una y otra vez su voz un pensador tan de nuestro tiempo como Heidegger para advertir con tono adusto que los hombres deben *aprender de nuevo a habitar*, entendiendo por tal no la mera inserción física en determinados espacios arquitectónicos, sino la creación de ámbitos de intensa comunitariedad. *Habitar* —como queda dicho—es un verbo eminentemente activo.

Ahora bien: lo antedicho debe ser aplicado, en su medida correspondiente, a los hoteles por su condición de hogares pasajeros. A lo largo del viaje, con sus múltiples perspectivas cambiantes, en que corre peligro de anegarse el viajero, los hoteles son puntos de referencia que orientan la mirada y ofrecen la posibilidad de crear rá-

pidamente un entramado de interrelaciones que forman un clima confiado. Esta labor creadora confiere al viajar un alto valor humano. De ahí la impresión reconfortante que produce hallar fuera de casa personas desconocidas que ponen en el cumplimiento del quehacer hospitalario un tono cálido de humanidad. Más de un turista norteamericano volvió a su país con la impresión de haber descubierto en la España veraniega un modo de vida inédito. "Jamás había pensado—me confesó en cierta ocasión un médico alemán—que fuera posible formar una comunidad de vida con personas extrañas en un período mínimo de tiempo. En la isla de Ibiza he vivido la más constructiva experiencia de mi vida a este respecto."

BALNEARIOS

Al lado de un río, entre altos árboles, o a la vera de una colina, bien poblada de arbustos, se alza el balneario como un heraldado de una vida más aquietada que la actual. Balneario habla de aguas, de frondosidades y de un tupido silencio que invita a la amable conversación sosegada.

El balneario ejerce una magnética función acogedora porque participa de varias características del hogar. Al balneario se va con periodicidad casi ritual, y a él se acude para estar, para instalarse durante unas semanas y vivir la vida sin más quehacer que el cumplimiento de las prescripciones médicas.

La vida de la ciudad presenta demasiadas líneas de fuerza, demasiadas rutas que se entrecruzan, que se ignoran mutuamente y no permiten al particular sentirse aquietado. Cada uno en la ciudad debe acotar un mundo y vivir su vida con independencia de las innumerables rutas que se entremezclan con la suya en todo momento. El hombre de ciudad segrega indiferencia cuando camina por la calle, pues debe abrirse paso a través de un mundo extraño. Por eso parece andar siempre presa de la inquietud en un proceso de constante huida. Prescinde por sistema de los demás, estableciendo entre él y ellos una distancia absoluta. Vive abstraído y enajenado.

Esta práctica sistemática y general de la

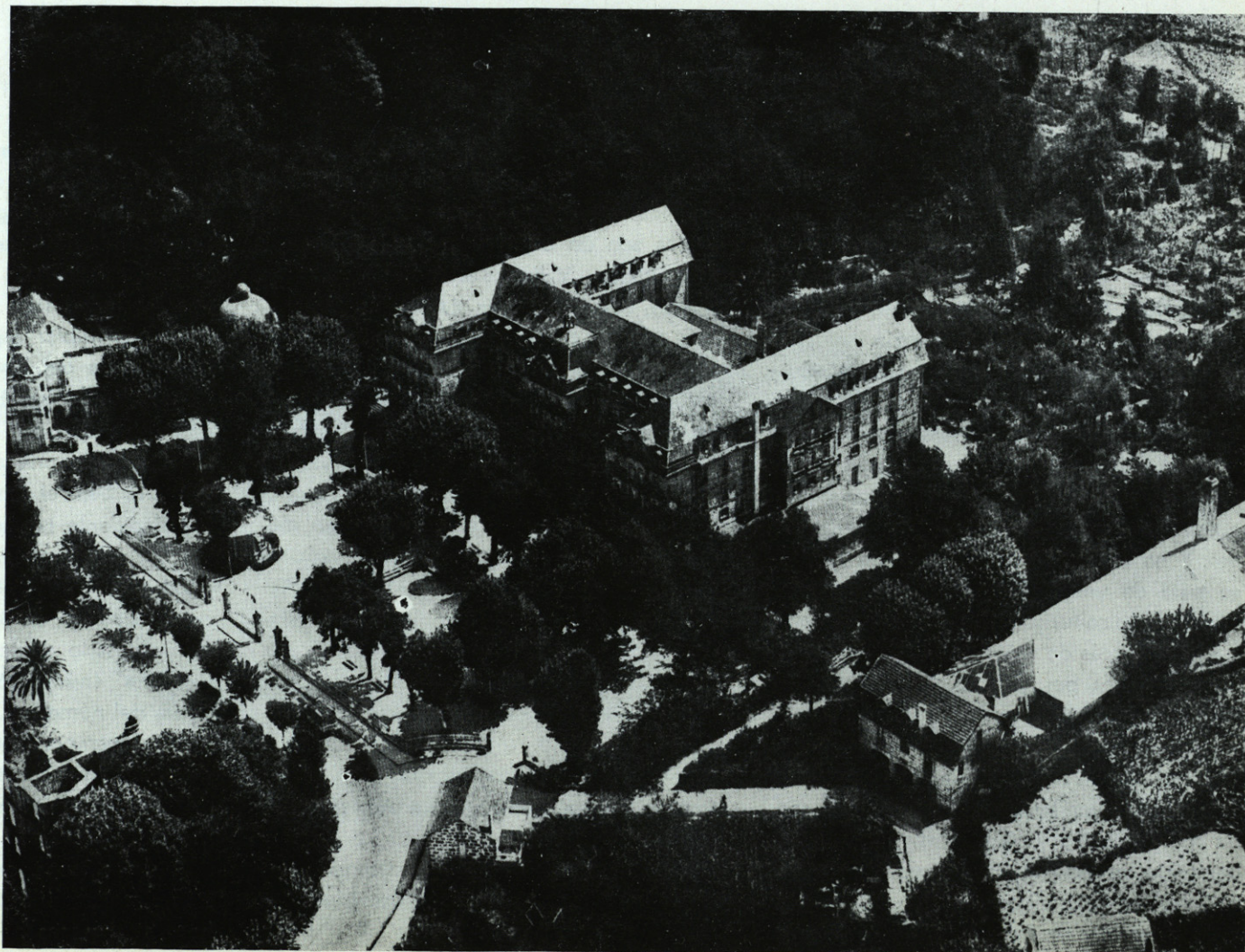
abstracción convierte a la ciudad en un inmenso desierto superpoblado. De ahí que cuando en virtud de unas horas de viaje nos encontramos en un ámbito cerrado en que todos se saludan, tal vez se conocen de antiguo, se entregan a las mismas diversiones y comentan análogas preocupaciones, el paisaje parece ganar en densidad humana. Al aquietarse la mirada, el entorno cobra valor, autonomía, elevación estética. El río cercano, el parque, las calles tranquilas del pueblo, las salas de recreo, todo se remansa e invita a la contemplación tranquila. Por eso la conversación adquiere una importancia desusada, pues, al cesar la entrega al torbellino de la acción, la vida personal se impone y reclama sus derechos,

entre los cuales ocupa lugar de privilegio la distensión comunicativa, el intercambio de ideas y pareceres.

Sobre este telón de fondo resalta con claridad la técnica empleada por Robbe-Grillet para hacernos sentir el tedio de la vida en el balneario de Marienbad. Decoración fastuosa, pero fría, un ritmo de vida sin tiempo y sin espacio, en cuanto carente de verdadera actividad, afán de no admitir más realidad que la que va construyendo de momento en momento el protagonista, un mundo cerrado, vacío y huero, conversaciones reducidas a mera *cháchara* por el cambio rápido de la cámara, seres humanos que parecen víctimas de algún hechizo y ejercen

papel decorativo, hierático, como cipreses que integran el paisaje, visión lenta que hace fatigosa la excesiva ornamentación rococó, personajes anónimos, "sin pasado, sin otro vínculo entre ellos que los que creaban con sus propios ademanes y sus propias voces, su propia presencia, su propia imaginación".

Ante la marea de despersonalización que provoca la vida masificada actual, conviene subrayar una y otra vez el valor promocional de existencia auténticamente humana que tienen ciertas instituciones—como los balnearios—que superan por fortuna en gran medida el alcance de los fines concretos para que fueron creados.



BALNEARIO DE MONDARIZ.